

Ida y vuelta

DANIEL
VÁZQUEZ SALLÉS



Mucho ruido y pocas nueces

Tras la aprobación del Estatut, ser catalán pasó a ser un problema. La campaña en contra de la nueva carta magna catalana había sido terrible y, tras mil y un comentarios que recordaban los mejores diálogos del Guerrero del Antifaz en su lucha contra el infiel, se convirtió en tema de tertulia en bares de caña y tapa gracias a una campaña orquestada por el PP. Ya sabemos que el anticatalanismo vende, como quedó demostrado con la multitudinaria recogida de firmas hecha a pie de calle.

La suerte de ser una persona anónima me salvó de ser blanco de

insultos callejeros. Eso sí, tuve que beber Vichy catalán y cava a hurtadillas, no fuera a ser señalado y emplumado como un proscrito. “Son los catalanes aborto monstruoso de la política”, decía Quevedo. Ser catalán nunca ha sido una buena carta de presentación en España, pero el nivel de agravios que tuvimos que soportar rayó la xenofobia.

El anticatalanismo vende, y patriotas y jacobinos lo utilizaron sin sonrojarse cuando necesitaron darse un baño de masas. Cuando no eran Ruiz-Gallardón y Esperanza Aguirre liderando una manifestación, era el califa de Extremadura Rodríguez Ibarra opinando como

un legionario de tercera. Los que habíamos apostado por la palabra nos sentimos muy solos. Por no aparecer, no dio la cara ni uno de los intelectuales que no dudan en fotografiarse con Aminatou Haidar. Ya no se trataba de estar a favor o en contra del Estatut, se trataba de parar un linchamiento a causa de una ley aprobada democráticamente. Si la xenofobia tiene ideología, durante aquellos meses quedó demostrado que el anticatalanismo es un sentimiento de tribu que está por encima de ideologías en constante reyerta.

PARTICIPA EN:

blogs.publico.es/dayvuelta